

La democracia y los mercados en el nuevo orden mundial

Noam Chomsky

Lingüista. Instituto Tecnológico de Massachusetts, Boston.

Existe una imagen convencional de la nueva era hacia la que nos dirigimos y de la promesa que contiene. El asesor para la Seguridad Nacional Anthony Lake, la formuló claramente al presentar en septiembre de 1993 la Doctrina Clinton: «Durante toda la guerra fría, contuvimos una amenaza mundial a las democracias de mercado; ahora debemos procurar extender el alcance de estas.» El «mundo nuevo» que se abre ante nosotros «presenta inmensas oportunidades» para avanzar hasta «consolidar la victoria de la democracia y los mercados abiertos», amplió un año después.

Lake continuó diciendo que se trataba de temas mucho más profundos que la guerra fría. La «verdad perdurable» es que nuestra defensa de la libertad y la justicia frente al fascismo y el comunismo fue solo una fase en una historia de consagración al concepto de «una sociedad tolerante, en que los dirigentes y gobiernos existen no para usar a las personas y abusar de ellas, sino para brindarles libertad y oportunidad». Ese es el «rostro constante» de lo que han hecho los Estados Unidos en el mundo y «la idea» que «defendemos» de nuevo hoy. Es la «verdad perdurable sobre este mundo nuevo» en que podemos proseguir con mayor eficacia nuestra misión histórica, enfrentar a los restantes «enemigos de la sociedad tolerante», como siempre hemos hecho, pasando de la «contención» a la

«ampliación». Afortunadamente para el mundo, la superpotencia existente, «por supuesto», es única en la historia, en el sentido de que «no procuramos ampliar el alcance de nuestras instituciones por la fuerza, la subversión o la represión» y nos limitamos a la persuasión, la consideración y los medios pacíficos.¹

Esta ilustrada «visión de la política exterior» impresionó debidamente a los comentaristas. El punto de vista domina de tal modo el discurso público y académico que resulta superfluo proceder a su revisión. Su tema básico tal vez fuese propuesto en la forma más sucinta por el profesor Eaton de Ciencias de Gobierno y Director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos de Harvard, Samuel Huntington, en la publicación académica *International Security*: los Estados Unidos deben mantener su «primacía internacional» en beneficio del mundo, porque es el único de los países cuya «identidad nacional se define por un conjunto de valores políticos y económicos universales», a saber, «la libertad, la democracia, la igualdad, la propiedad privada y los mercados»; «la promoción de la democracia, los derechos humanos y los mercados son (sic) de muchísima mayor importancia para la política estadounidense que para la política de cualquier otro país».

La ciencia del gobierno enseña que, como se trata de un asunto de *definición*, podemos obviar la aburrida tarea de la confirmación empírica. Sabia jugada. La investigación revelaría de inmediato que la imagen convencional que Lake presenta fluctúa entre dudosa y falsa en todos sus aspectos cruciales, salvo uno: tiene razón cuando nos insta a mirar a la historia para descubrir las «verdades perdurables» que sostienen parte de la estructura institucional y a tomarlas con seriedad al examinar el futuro probable, cuando esa estructura permanece esencialmente inalterada y libre para operar con poca limitación. Una revisión honrada indica que «este mundo nuevo» pudiera muy bien caracterizarse por un cambio de la «contención» a la «ampliación», pero no precisamente en el sentido en que Lake y el coro de quienes aprueban sus palabras pretenden que lo comprendamos. Adoptando una retórica de guerra fría ligeramente distinta, lo que vemos desplegarse es un cambio de la «contención» de la amenaza a la democracia y los mercados en funcionamiento a una campaña para «revertir» lo que se ha alcanzado en un siglo de lucha muchas veces encarnizada.

No disponemos de tiempo para revisar el «rostro constante» del poderío estadounidense, pero pudiera ser de ayuda examinar algunos casos típicos, modalidades ilustrativas que constituyen amplias generalizaciones y que son instructivas en lo tocante a las perspectivas probables.

Primeramente, la perogrullada metodológica. Si deseamos aprender sobre los valores y objetivos de los dirigentes soviéticos, examinamos lo que hicieron dentro del alcance de sus poderes. Un analista racional que desee aprender sobre los valores y objetivos de la dirección estadounidense y el mundo que esta pretendía crear adoptará el mismo curso. Los contornos de ese mundo fueron delineados por su embajadora ante las Naciones Unidas, Madeleine Albright, en el preciso momento en que Lake encomiaba nuestro compromiso histórico con los principios pacifistas, cuando informó al Consejo de Seguridad, que titubeaba ante una resolución dictada por los Estados Unidos sobre Iraq, que su país continuaría actuando «multilateralmente cuando pueda y unilateralmente cuando deba». Sigán jugando como quieran, pero la verdad es que «lo que nosotros decimos es lo que vale», tal y como explicara la doctrina fundamental con mayor franqueza el presidente Bush mientras bombas y misiles llovían sobre Iraq. Los Estados Unidos tienen el derecho de actuar unilateralmente, anunció la embajadora Albright al equivocado Consejo, porque «reconocemos que (el Oriente Medio) es vital para los intereses nacionales de los Estados Unidos». No se requiere ninguna concesión adicional de autoridad.²

De hecho, Iraq sería un buen ejemplo para ilustrar las «verdades perdurables» de la realidad, pero es más informativo volverse a la región en que los Estados Unidos han tenido la mayor libertad para actuar a su antojo, de modo que los valores y objetivos de la dirección política y la versión de los «intereses nacionales» que representa aparecen con la mayor claridad. Pasemos, pues,

a «nuestra regioncita de por aquí, que nunca ha molestado a nadie», según la descripción que el secretario de Guerra Henry Stimson dio del hemisferio al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando explicaba por qué debían desmantelarse todos los sistemas regionales menos el nuestro, el cual debía ser ampliado —una posición perfectamente razonable, ya que «lo que nos conviene a nosotros, le conviene al mundo» y todo lo que hagamos es «parte de nuestra obligación con la seguridad mundial», como añadió el colega liberal de Stimson, Abe Fortas, al descartar las irracionales sospechas de Churchill de que los Estados Unidos albergaran ideas de dominación.

El derecho de los Estados Unidos de actuar unilateralmente y de controlar las regiones que desea es único en su género, según cuadra a la potencia que se «define» por su consagración a todas las cosas buenas. El intento del Japón de copiar la Doctrina Monroe en su «regioncita» condujo a la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, y la Guerra del Golfo constituyó una reacción a la propuesta de Saddam Hussein de que los asuntos de otra región «vital para los intereses de los Estados Unidos» fueran manejados por una organización regional. En nuestra «regioncita» se permite que funcione, pero dentro de ciertos límites, una organización regional que estamos seguros que podremos dominar. En su estudio de la organización, John Dreier explicó que si los latinoamericanos «intentan usar en forma irresponsable su fuerza numérica en la OEA, si llevan a extremos la doctrina de la no intervención, si no dejan a los Estados Unidos más opción que actuar unilateralmente para protegerse, habrán destruido no solo la base de la colaboración hemisférica para el progreso, sino toda la esperanza de un futuro seguro para sí mismos». Los Estados Unidos tendrán que actuar «con la unilateralidad que sea menester». Estas condiciones se mantuvieron incluso en los límites extremos de tolerancia bajo la Política del Buen Vecino de Franklin Delano Roosevelt, que portaba una «obligación implícita de reciprocidad», según recalcó el funcionario del Departamento de Estado para América Latina, Robert Woodward: «Admitir una ideología ajena dentro de un gobierno americano» obligaría «a los Estados Unidos a adoptar medidas defensivas», unilateralmente. Huelga decir que nadie más tiene ese derecho, sobre todo el derecho a defenderse de los Estados Unidos y de su «ideología», que no es «ajena», sino simplemente la promoción de objetivos que cualquier persona razonable debe procurar.

El compromiso con las «verdades perdurables» cubre todo el espectro. En el extremo disidente, el asesor para América Latina del presidente Carter, el historiador Robert Pastor, escribe que los Estados Unidos desean que los demás países «actúen de modo independiente, salvo cuando hacerlo afecte adversamente los intereses de los Estados Unidos»; los Estados Unidos nunca han intentado «controlarlos» mientras no «escapen a su control». Nadie, pues, puede acusar a la dirección estadounidense de una preocupación que no sea «el bien del mundo», incluida la libertad plena de actuar según le dictemos. Si nuestros pupilos usan la libertad que les

A Washington y a sus aliados les preocupaba en sumo grado que a quienes tradicionalmente dependían de ellos les impresionara el desarrollo soviético (y chino), sobre todo en comparación con «historias de éxito» como la del Brasil; tal vez los intelectuales occidentales disciplinados no lo comprendan, pero los campesinos del Tercer Mundo sí.

concedemos en forma imprudente, tenemos todo el derecho de responder unilateralmente en defensa propia, aunque las opiniones sobre las opciones tácticas varíen, lo que conduce a divisiones entre las palomas y los halcones.

Es la región de América Central y el Caribe la que, por supuesto, refleja con mayor claridad «la idea» a la que se ha consagrado el poderío estadounidense, al igual que los satélites de Europa oriental revelaban los objetivos y valores del Kremlin. Esta región, rica en recursos y capacidades, y fuente de una parte no pequeña de la riqueza de Europa, es una de las principales cámaras de horrores del mundo. De nuevo en el decenio de 1980 fue escenario de espantosas atrocidades, cuando los Estados Unidos y sus clientes dejaron a los países devastados tal vez más allá de la posibilidad de recuperación, sembrado con cientos de miles de cadáveres torturados y mutilados. Las guerras terroristas patrocinadas y organizadas por Washington estuvieron dirigidas en gran medida contra la Iglesia, que había osado adoptar «la opción preferente a favor de los pobres» y, por lo tanto, era menester que recibiera las familiares lecciones que acarrea la desobediencia delictiva. Difícilmente sorprenda que el espantoso decenio se iniciara con el asesinato de un arzobispo y terminara con la muerte de seis importantes intelectuales jesuitas, en ambos casos, por fuerzas armadas y entrenadas por Washington. En los años intermedios, estas fuerzas asolaron la región destrozándolo todo y compilaron un historial horrible, que incluyó la agresión y el terror que condenara el Tribunal Mundial, un fallo del que Washington y la opinión intelectual en general hicieron caso omiso con un encogimiento de hombros de irritación y desprecio. Corrieron la misma suerte el Consejo de Seguridad y la Asamblea General de las Naciones Unidas, cuyos llamados a la observancia del derecho internacional pocas veces se informaban siquiera. Discernimiento razonable, al fin y al cabo. ¿Por qué prestar atención a quienes proponen la ridícula idea de que el derecho internacional o los derechos humanos pudieran entrar en los cálculos de una potencia que siempre ha rechazado «la fuerza, la subversión o la represión», adhiriéndose por definición al principio de que «los gobiernos existen no para usar a las personas y abusar de ellas, sino para brindarles libertad y oportunidad»? La «verdad perdurable» fue bien expresada hace dos siglos por un distinguido estadista: «A las almas grandes les importa poco la moral pequeña.»

Una mirada a esta región nos enseña mucho sobre nosotros mismos, pero se trata de lecciones erradas y, por ende, excluidas del discurso respetable. Otra lección errónea, y por lo tanto necesariamente relegada a la misma suerte, es que la guerra fría tuvo poco que ver con todo esto, aparte de brindar pretextos. Las políticas eran idénticas antes de la Revolución Bolchevique y han continuado sin cambio luego de 1989. Sin la «amenaza soviética», Woodrow Wilson había invadido a Haití (y a la República Dominicana) y desmantelado el sistema parlamentario por haberse negado a adoptar una Constitución «progresista» que permitía a los estadounidenses tomar tierras haitianas, asesinando a miles de campesinos, restaurando prácticamente la esclavitud y dejando el país en manos de un ejército terrorista, primero como una plantación estadounidense y luego como base de exportación de plantas de ensamblaje en condiciones de miseria. Luego de su desafortunado y fugaz experimento con la democracia, el marco tradicional se restauraba con asistencia estadounidense, en el preciso momento en que Lake anunciaba la Doctrina Clinton, ofreciendo a Haití como ejemplo primordial de nuestra pureza moral. En otros lugares, también, continuaron las políticas sin cambio esencial después de la caída del muro de Berlín, al que siguió a las pocas semanas la invasión de Bush a Panamá para devolver al poder a una camarilla de banqueros europeos y narcotraficantes, con consecuencias predecibles en un país que permanecía bajo ocupación militar, incluso según el propio gobierno títere que las fuerzas estadounidenses habían colocado en el poder.

Hay mucho que decir sobre estos asuntos. Pero pasemos a un caso incluso más revelador tal vez, que también ilustra la pertinencia marginal de la guerra fría en la actitud estadounidense tradicional hacia la democracia y los derechos humanos. Posteriormente volveré a los «mercados libres».

El ejemplo que propondría examinar es el del Brasil, al que a principios de siglo se le llamaba «el coloso del Sur», un país con abundancia y ventajas enormes que debiera ser uno de los más ricos del mundo. Hace setenta años, el *Wall Street Journal* observó: «Ningún territorio del mundo merece más ser explotado que el del Brasil.» Para entonces, los Estados Unidos comenzaban a desplazar a sus principales enemigos, Francia y Gran Bretaña, aunque estos no desaparecieron hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos estuvieron en condiciones de alejarlos de la región y tomar al Brasil

Los Estados Unidos nunca han apoyado los mercados libres, desde los primeros tiempos de su historia hasta los años de Reagan, que fijaron nuevas normas al proteccionismo y a la intervención estatal en la economía, a pesar de muchas ilusiones.

como «terreno de prueba de modernos métodos científicos de desarrollo industrial», en palabras de una monografía académica altamente considerada, sobre las relaciones entre los Estados Unidos y el Brasil, del diplomático e historiador Gerald Haines, también importante historiador de la CIA. Se trataba de un componente de un proyecto mundial en que los Estados Unidos «por su propio interés, asumían responsabilidades en el bienestar del sistema capitalista mundial» (Haines). A partir de 1945, el «terreno de prueba» fue favorecido con guía y tutelaje estrechos de los Estados Unidos. Y podemos enorgullecernos de lo que hemos alcanzado, escribió Haines en 1989. El resultado es «un logro verdaderamente ejemplar de los Estados Unidos»; «las políticas de los Estados Unidos en el Brasil alcanzaron resultados enormemente positivos» al dar origen a «un impresionante crecimiento económico basado sólidamente en el capitalismo», un testimonio de nuestros objetivos y valores.

El éxito es real. Las inversiones y utilidades estadounidenses se elevaron enormemente y a la diminuta élite le iba de maravillas; un «milagro económico», en el sentido técnico del término. Hasta 1989, el crecimiento del Brasil superó con creces el muy encomiado de Chile, ahora el alumno estrella luego de que el Brasil sufriera un desplome y pasara automáticamente de un triunfo de la democracia de mercado a una ilustración de los fracasos del estatismo, cuando no del marxismo —una transición que se produce sin esfuerzo y en forma habitual dentro del sistema doctrinario, según dicten las circunstancias.

Mientras tanto, en el momento culminante del milagro económico, la abrumadora mayoría de la población se encontraba entre las más miserables del mundo y habría considerado Europa oriental un paraíso— hecho que también enseña lecciones erróneas y que, por lo tanto, se suprime con impresionante disciplina, junto con otras lecciones similares.

Los logros ejemplares para los inversionistas extranjeros y una pequeña parte de la población reflejan los valores directrices de preceptores y diseñadores. Su objetivo, según lo describe Haines, era «eliminar toda competencia extranjera» de América Latina a fin de «mantener la región como mercado importante para la producción industrial y las inversiones privadas excedentes de los Estados Unidos, explotar sus vastas reservas de materias primas y mantener a raya al comunismo internacional». Esta última parte es mero ritual; según observa Haines, los servicios de inteligencia

de los Estados Unidos no pudieron encontrar indicios de que el «comunismo internacional» pretendiera «entrar», incluso de haber habido la posibilidad de hacerlo.

Pero aunque el «comunismo internacional» no era un problema, el «comunismo» sin dudas lo era, si entendemos el término en el sentido técnico de la cultura de élite. John Foster Dulles explicó mordazmente este sentido en una conversación privada con el presidente Eisenhower, quien había observado con pesar que en todo el mundo los comunistas autóctonos tenían ventajas injustas. Eisenhower se quejaba de que podían «atraer directamente a las masas». Era un atractivo «que no tenemos la capacidad de imitar», añadió Dulles, y dio las razones de lo que decía: «Es a los pobres que atraen y estos siempre han deseado saquear a los ricos.» Nos resulta difícil «atraer directamente a las masas» basándonos en nuestro principio de que es el rico quien debe saquear al pobre, un problema de relaciones públicas que aún no se ha resuelto.

En este sentido —el operativo— abundan los comunistas y es nuestro deber proteger a «la sociedad tolerante» de sus abusos y delitos recurriendo al asesinato de sacerdotes, la tortura de organizadores sindicales, la muerte de campesinos y las otras diversas formas que adopta nuestra vocación gandhiana.

El problema se remonta a mucho antes de tener a mano el término «comunista» para calificar a los herejes. En los debates de 1787 sobre la Constitución Federal, James Madison observó que «en Inglaterra, en estos momentos, si se abrieran las elecciones a toda clase de personas, peligrarían las propiedades de los terratenientes. Pronto se promulgaría una ley agraria.» Para prevenir esa injusticia, «nuestro gobierno debe garantizar los intereses permanentes del país contra la innovación», estableciendo comprobaciones y compensaciones destinadas a «proteger a la minoría de los opulentos contra la mayoría». ³ Exige algún talento dejar de ver la «verdad perdurable» de que este ha sido «el interés nacional» desde entonces y que la «sociedad tolerante» reconoce el derecho a enarbolar este principio «con la unilateralidad que sea menester», y con violencia extrema, de ser necesario.

El lamento de Dulles se repite en documentos internos. Así, en julio de 1945, cuando Washington «asumía, por su propio interés, responsabilidad por el bienestar del sistema capitalista mundial», un importante estudio de los Departamentos de Estado y de Guerra advertía de «una marea mundial en ascenso en que el hombre de la calle aspira a horizontes más amplios y elevados». La guerra fría no dejaba de guardar relación con esta ominosa

perspectiva. El estudio advierte que aunque Rusia no había dado indicios del delito, no podemos garantizar que «no haya coqueteado con la idea» de prestar apoyo a las aspiraciones del hombre de la calle. Por lo tanto, debemos actuar en forma rotunda para contener la amenaza a las democracias de mercado, según entendemos este concepto. De hecho, el Kremlin se unió complacido al jefe de la Mafia para aplastar las aspiraciones del hombre de la calle en «nuestra regioncita», al igual que en otras partes. Pero nunca se puede estar seguro y la propia existencia de una fuerza que «escapa al control» ofrecía un peligroso espacio a la no alineación y a la independencia —parte del verdadero significado de la guerra fría.

Sin duda, la URSS fue culpable de otros delitos. A Washington y a sus aliados les preocupaba en sumo grado que a quienes tradicionalmente dependían de ellos les impresionara el desarrollo soviético (y chino), sobre todo en comparación con «historias de éxito» como la del Brasil; tal vez los intelectuales occidentales disciplinados no lo comprendan, pero los campesinos del Tercer Mundo sí. La asistencia económica del bloque soviético también se consideraba una amenaza, a la luz de la práctica occidental. Tomemos a la India. Bajo el dominio británico, se hundió en el deterioro y la pobreza, pero cuando los ingleses se marcharon, comenzó algún desarrollo. Sin embargo, no ocurrió así en la industria farmacéutica, donde las multinacionales, casi todas británicas, obtenían gigantescas ganancias en la India fijando precios excesivos, basándose en su monopolio del mercado. Con ayuda de la Organización Mundial de la Salud y de la UNICEF, la India comenzó a escapar de esos controles y al fin se estableció la producción de medicamentos en el sector público con tecnología soviética. Esto permitió una reducción radical de los precios de los medicamentos; en el caso de algunos antibióticos, los precios cayeron hasta en el 70 %, lo que obligó a las transnacionales a bajar también los suyos. Una vez más, la malignidad soviética había dañado a la democracia de mercado, al permitir a millones de personas en la India sobrevivir a las enfermedades. Por suerte, ahora que el delincuente ha desaparecido y triunfa el capitalismo, las transnacionales recuperan el control, en estos últimos tiempos, gracias a las características muy proteccionistas del más reciente tratado del GATT, de modo que tal vez podamos esperar un abrupto aumento de las muertes junto con ganancias crecientes para la «minoría opulenta» por cuyos «intereses permanentes» deben afanarse los gobiernos democráticos.⁴

La línea partidista dice que el estalinismo asombró a Occidente por sus terribles atrocidades. Es imposible tomar en serio esta pretensión siquiera por un momento, como tampoco las afirmaciones similares sobre los horrores fascistas. Los moralistas occidentales han encontrado pocas dificultades para asociarse con asesinos y torturadores en masa, de Mussolini y Hitler a Sujarto y Saddam Hussein. Los pavorosos crímenes de Stalin fueron objeto de poca preocupación. Al presidente Truman le agradaba y lo admiraba, pues lo consideraba «honrado»

y «más listo que el diablo». Pensaba que su muerte habría sido una «verdadera catástrofe». Observó que podía «tratar» con Stalin siempre que los Estados Unidos se salieran con la suya el 85 % de las veces; lo que ocurriera dentro de la URSS no era asunto suyo. Otras figuras de primera línea concordaban con él. En la reunión de los Tres Grandes, Winston Churchill elogió a Stalin diciendo que era «un gran hombre, cuya fama se ha extendido no solo por toda Rusia, sino por el mundo entero» y habló cálidamente de su relación de «amistad e intimidad» con esta estimable criatura; dijo Churchill: «Mi esperanza es que, luego de aplastar al enemigo, el ilustre presidente de los Estados Unidos y el mariscal Stalin, en quienes encontraremos a los paladines de la paz, nos guíen en la tarea de la lucha contra la pobreza, la confusión, el caos y la opresión.» En febrero de 1945, después de Yalta, Churchill dijo en privado a su gabinete que Stalin era una persona de gran poder en quien «confiaba plenamente» y que era importante que se mantuviese en su puesto. A Churchill le impresionó sobre todo el apoyo de Stalin a la cruenta supresión británica de la resistencia antifascista en Grecia que dirigían los comunistas, uno de los episodios más brutales en la campaña mundial de los liberadores por restaurar las estructuras básicas y las relaciones de poder de los enemigos fascistas, al tiempo que dispersaban o destruían la resistencia, con su matiz democrático radical y su incapacidad para comprender las necesidades y derechos de la «minoría opulenta».

Volviendo al Brasil, a principios del decenio de 1960, el experimento que desarrollaban los Estados Unidos encaraba un conocido problema: la democracia parlamentaria. Para eliminar el obstáculo, el gobierno de Kennedy preparó el terreno para un golpe militar, que instituyó el dominio de torturadores y asesinos que comprendían las «verdades perdurables». El Brasil es un país importante y el golpe produjo un significativo efecto de dominó. La plaga de la represión se extendió desde el Coloso hacia el Sur a través de gran parte del Continente, con apoyo y participación estadounidenses coherentes. El principal especialista académico estadounidense en derechos humanos y política exterior de los Estados Unidos en América Latina, Lars Schoultz, explicó con precisión el objetivo: «Destruir para siempre una posible amenaza a la estructura existente de privilegio socioeconómico mediante la eliminación de la participación política de la mayoría numérica [...]» Tampoco tenía la guerra fría apenas algo que ver con esto. La URSS estuvo dispuesta a colaborar con asesinos depravados, aunque por causas en extremo cínicas en ocasiones ofrecía asistencia a pueblos que intentaban defenderse de quien imponía las reglas del juego en el hemisferio y, de ese modo, servía para disuadir el ejercicio pleno de la violencia estadounidense —uno de los pocos casos auténticos de disuasión, pero que casi nunca aparece en forma prominente en los muchos estudios moderados sobre la teoría de la disuasión.

Según la doctrina convencional, al derrocar el régimen parlamentario en nuestra «zona de prueba» privada e instalar un Estado de Seguridad Nacional regido por